

reino de Murcia con el general Areizaga. Blake debía juntarlos y dirigir, de concierto con la guarnición de Cádiz, expediciones á Granada, Sevilla y donde quiera que pudiese, á fin de sostener á las guerrillas de Ronda. Hay que añadir que se habia frustrado la doble diversion ordenada sobre nuestras alas para empujar al mariscal Ney sobre Ciudad-Rodrigo, y al general Suchet sobre Valencia.

Al una vana alharaca se habia reducido la órden irreflexiva dada al mariscal Ney de ir á atacar la importante plaza de Ciudad-Rodrigo, sin artillería de sitio y á la inmediación de los ingleses, que habian marchado hácia el norte de Portugal. Se hubo, pues, de limitar Ney á disparar contra los muros de la plaza algunas balas con su artillería de campaña, y á intimar la rendición al gobernador, quien le dió la respuesta que merecia á tal tentativa. De resultas volvió á Salamanca. Por su parte el general Suchet, en la persuasión de que la órden de marchar sobre Valencia se habia concertado con Napoleon, y debía prevalecer sobre la de sitiar á Lérida, Mequinenza y Tortosa, avanzó en dos columnas, una á lo largo del mar, otra por las montañas de Teruel, y despues de juntarse en Murviedro, se presentó á vista de Valencia, y hasta se apoderó del Grao, y disparó balas contra la ciudad, que mas de un informe pintaba como dispuesta ya á rendirse. Pero los valencianos por toda respuesta prendieron y persiguieron á los habitantes reputados por sospechosos ó adictos á la paz, y especialmente al arzobispo de Valencia, y opusieron una resistencia que no se podia vencer sino con artillería de grueso calibre. A toda prisa

tuvo por tanto que retirarse el general Suchet hácia Aragon, y este era el segundo ejército de franceses (contando el del mariscal Moncey) que, despues de asomar delante de Valencia, se veia obligado á retroceder sin haber podido forzar las puertas de aquella ciudad orgullosa. No maravilla que la exaltación de los valencianos se aumentara singularmente.

Apesar de todo, nada habia que temer en Andalucía con el ejército allí reunido, y el mal, bien grave sin duda, consistia solo en paralizar á ochenta mil viejos soldados. Por de pronto dominábase completamente de Murcia á Granada, de Granada á Córdoba, de Córdoba á Sevilla, y sometidas se hallaban estas importantes ciudades y pagaban contribuciones: como rey se paseaba José de una en otra y atrayendo la curiosidad en toro suyo cierta afluencia, proporcionándole el caudancio de la guerra algunas adhesiones, hacia un viage que sus cortesanos llamaban triunfal, y que á las personas sensatas parecia muy poco significativo. Hay que reconocer, sin embargo, que el movible é inconstante populacho de las ciudades, detestando á los franceses y todo, aplaudia á este rey francés de manera de ilusionarle; y por eso sus aduladores no cesaban de repetir que se habia acertado en pensar que con su gracia personal y su bondad alcanzaria mas que Napoleon con sus terribles soldados, y que si le dejaban obrar con holgura sojuzgaria brevemente á la España; olvidando los que se explicaban de este modo que tenian en su rededor ochenta mil de aquellos terribles soldados para protegerles y facilitar al rey José los medios de ensayar sus seducciones respecto del pueblo de Anda-

lucía. Se mostraba, pues, José satisfecho, y el mariscal Soult se lisonjaba de aumentar de esta suerte la suma de títulos que le hacían falta ante el severo tribunal de Napoleón, según su creencia.

Pero mientras se congratulaban uno y otro de haber efectuado aquella expedición á Andalucía, arrancó de París un rayo que vino á trocar las alegrías de José en amargas tristezas. Se habían llenado los primeros meses de 1810 en España con la expedición de Andalucía, y á la sazón era cuando mas arreciaban las graves disputas de Holanda. No solo tenia Napoleón disensiones con el rey Luis, sino tambien con el rey Gerónimo respecto de Hannover y de las condiciones rentísticas inherentes á la cesion de este territorio. Fatigado de encontrar cerca de sus hermanos dificultades tan continuas, no sabiendo reconocer que en realidad no eran mas que agentes pasivos de la resistencia de las cosas, se encolerizaba vehementemente contra ellos, y les imputaba, no tan solo las faltas de que eran autores, sino las suyas propias; porque en suma, ¿quién sino él habia creado los obstáculos con que tropezaba á cada paso, por querer tentar en todas partes lo imposible? Bajo estas disposiciones irritables, recibiendo sobre la corte de José porcion de noticias, sobre el lenguaje que allí se usaba, sobre el sistema que se apetecia, que prevaleciera, sobre algunas liberalidades para con ciertos favoritos, adoptó providencias muy duras y nada adecuadas á obviar la tarea de José en España. Desde luego le pareció muy mal que se hubiera distraído el general Suchet del sitio de Lérida para hacerle ir contra Valencia sin artillería de grueso calibre, lo cual expuso al ejército francés á pre-

sentarse á vista de los muros de aquella ciudad dos veces y en vano; y de resultas reprendió á José y aun al general mismo, prohibiéndole obedecer á otra autoridad que á la de París de allí adelante. No menos desaprobó el imprudente avance que se hizo efectuar al mariscal Ney sobre Ciudad-Rodrigo, y ahora achacó tambien la culpa al estado mayor de Madrid que habia prescrito este movimiento. Pero distaron mucho de parar aqui las muestras de enojo.

Sobre toda ponderacion le habia desagradado ver dar dinero, por poco que fuese, á favoritos, cuando donde quiera se carecia de recursos. «Puesto que hay (decia) de qué dar á ociosos, á intrigantes, debe de haber con qué sustentar á los soldados que por el rey José prodigan su sangre; y puesto que no se quiere proveer á sus necesidades, voy á hacerlo yo por mi propio.» Dicho esto, convirtió en gobiernos militares á Cataluña, Aragon, Navarra, Vizcaya, que comprendian las cuatro provincias á la izquierda del Ebro: dispuso que en estos gobiernos ejercieran los generales en jefe la autoridad tanto civil como militar, que percibieran todas las rentas por cuenta de la caja del ejército, y no tuvieran con la autoridad de Madrid relaciones de obediencia ni de contabilidad, sino de deferencia aparente. A él solo debian los gefes de los cuerpos, Augereau, Suchet, Reill, Thouvenot, dar cuenta de sus actos, y de él solo habian de recibir sus instrucciones. Después de tomar asi posesion militar de los territorios situados á la izquierda del Ebro, escribió Napoleón secretamente á cada uno de aquellos generales con el fin de revelarles su verdadero pensamiento, que era agregar la orilla

izquierda del Ebro á Francia, para indemnizarse de los sacrificios que hacia por asegurar la corona de España sobre las sienes de su hermano. Sin embargo, no queriendo anunciar aun este proyecto, les recomendó la mayor discrecion; bien que para el caso en que de Madrid se les enviaran órdenes contrarias á las de Paris, autorizóles á decir que se les habia vedado obedecer al gobierno español, é intimado no obedecer mas que al gobierno francés. Semejante resolución era muy grave, no solamente para España, sino tambien para la Europa. Con efecto, parecia que Napoleón, insaciable tanto en la paz como en la guerra, cuando no conquistaba con su espada, queria conquistar con sus decretos; acababa de reunir al imperio la Toscana, los Estados romanos, la Holanda; sin decirlo, pensaba entonces en hacer lo mismo con el Valais y las ciudades anseáticas; y agregar á estas adquisiciones el lado opuesto de los Pirineos hasta el Ebro, equivalia á decir al mundo que nada podia estar libre de su codicia, y que toda tierra sobre la cual fijaba su terrible mirada era tierra perdida para su poseedor, aun cuando este poseedor fuera hermano suyo. ¡Extraña unision la de pretender que la izquierda del Ebro viniera á ser compensacion de los gastos de Francia en España! Sin duda, y salvos los justos recelos de España y de Europa, se hubiera podido concebir que, si Napoleón dejara á Fernando su trono y le ayudara, por ejemplo, á conquistar el Portugal de los ingleses, le pidiera por via de indemnizacion la izquierda del Ebro; pero imponer á España una dinastía á pesar suyo, forzar á esta dinastía (pues José no se hallaba menos violentado que los españoles) á reinar, y

exigir despues á una y otra que pagaran este beneficio con una desmembracion de territorio, era una verdadera locura de ambicion; era agregar á las numerosas causas que excitaban el odio de los españoles contra nosotros otra causa mas poderosa que todas, la de ver aquella Península, tan cara á su corazón, invadida, fraccionada por un ambicioso vecino, que, despues de haberles privado de su dinastía, les privaba tambien de parte de su territorio; era, en fin, reducir á la desesperacion y lanzar para siempre á las filas de la insurreccion á todos aquellos que, animados de la esperanza de mejorar de sistema, y sintiendo vivamente la necesidad de una regeneracion política, se habian adherido á la nueva dinastía por un momento.

No era posible que por mucho tiempo se guardara el secreto encomendado á los generales sobre la agregacion de las cuatro provincias á Francia. A falta de otra indiscrecion, el establecimiento de los gobiernos militares en ellas hubiera bastado por sí sólo para revelar el verdadero pensamiento de Napoleón, y con efecto, nadie cayó en engaño, como se verá muy en breve. Y no paró todo en esta providencia; pues Napoleón adoptó otras que limitaron á las mismas puertas de Madrid la autoridad real de José. Además de los mandos ya mencionados, dividió en tres los ejércitos de operaciones, uno del Mediodía, otro del Centro, y otro de Portugal. Al frente del ejército del Mediodía puso al mariscal Soult, cuya conducta en Oporto habia renunciado á investigar despues de bien reflexionado, y le fió los cuerpos cuarto, primero y quinto, que ocupaban á Granada, Andalucía y Extremadura. Con la sola division del general Dessoles

formó el ejército del Centro y puso al rey José á su cabeza, debiéndolo engrosar los depósitos establecidos en Madrid generalmente. Por último, el de Portugal debió formarse, como se ha visto, de todas las tropas reunidas ó por reunir en el Norte para marchar sobre Lisboa á las órdenes del mariscal Massena. Teniendo cada uno de los generales en jefe de estos ejércitos de operaciones la autoridad que corresponde al que manda una fuerza armada sobre el terreno donde opera, no debía de obedecer mas que al ministerio francés, es decir, á Napoleon, que ya habia tomado el titulo de generalísimo de los ejércitos de España, y nombrado su mayor general al príncipe Berthier. Así José nada tenia que mandar á los gobernadores generales de provincias del Ebro, nada á los jefes de los tres ejércitos de operaciones, y solo tenia derecho de dar órdenes al ejército del Centro como jefe suyo; pero este ejército era el menos numeroso y su tarea insignificante; se componia de veinte á veinte y cinco mil hombres entre sanos y enfermos, y no mas que doce mil á lo sumo se encontraban en estado de llevar armas. No podia ser su autoridad mas restringida y mas de nombre, y ciertamente no era este el modo de reatarle á los ojos de los españoles. Tan severas como las prescripciones sobre la gerarquía militar fueron las relativas á la hacienda: á los ejércitos, que ocupaban las provincias del Ebro, se dieron las rentas que fueran allí recaudadas: sobre el país donde hicieron la guerra se habian de mantener los ejércitos de operaciones, y como era posible que no hallaran bastante numerario para su sueldo, consintió Napoleon en remitir solamente 2.000,000 mensuales. Por consi-

guiente, José, reducido ya en punto á mando á las tropas estacionadas en derredor de Madrid, iba á quedar reducido en punto á rentas á lo que se percibiera en Madrid igualmente, es decir, á las contribuciones de esta capital, y el odio que le profesaban los españoles, no por él, sino por la invasion extranjera, de la cual era representante, se iba á convertir en un sentimiento mas formidable todavia, el del desprecio.

José recibió estas nuevas en Sevilla con extremada pesadumbre. ¿Qué decir ante estos actos á sus súbditos, tanto *rebeldes* como sumisos, tanto adictos como propensos á adherirse? Aun prescindiendo de su autoridad rebajada y expuesta á la arrogancia de los generales, la desmembracion del territorio debia inspirar una verdadera desesperacion á todos los españoles sinceros. Ya veian escapárseles las colonias, pero añadir á esta pérdida la de los Pirineos y las provincias á la izquierda del Ebro, era sufrir á la vez todas las calamidades. Además, el pretendido secreto habia penetrado así en las provincias *insurreccionadas* como en las sometidas, los enemigos triunfaban por esta desmembracion próxima que justificaba su odio, y los amigos aparecian consternados, pues así se quitaba á su sumision toda excusa. Hasta habiéndose consumado la regeneracion de la monarquía, nada era á costa de la desmembracion del territorio; fuera de que esta regeneracion tan prometida se habia limitado hasta entonces al estrago del país y á la efusion de sangre. Ofarril, Urquijo, Azanza, Almenara, que habian acompañado á José á Sevilla, estaban sumidos en pesar muy hondo. De este modo, como se ve á las claras, no era José mucho mas

feliz que Carlos IV confinado en Marsella, que Fernando VII, prisionero en Valenzay, y que tantos otros reyes vencidos y destronados, unos privados de parte y otros de la totalidad de sus estados.

Herido José por tan rudo golpe, no tuvo ya gusto para permanecer en Sevilla, pues su presencia, precedida ó seguida de tales actos, no podría ejercer sobre sus nuevos súbditos el efecto que habia esperado. Además, en Andalucía se hallaba sin autoridad alguna, siendo el mariscal Soult nombrado general en jefe del ejército del Mediodía, y necesitaba también acercarse á Francia para tratar con su hermano y exponerle las resultas probables de las providencias últimas que desde París habia tomado. Partió, pues, con sus ministros, dejando al mariscal Soult dueño absoluto de Andalucía, y gozoso de desembarazarse de una autoridad real de nombre, que era mas que importuna para su autoridad real efectiva. Así ochenta mil hombres, los mejores que hubo en España, acababan de ser paralizados para hacer, no á José, sino al mariscal Soult rey de Andalucía.

José recorrió velozmente y sin fausto, aquella comarca, donde poco antes daba paseos triunfales, y cruzando los desfiladeros de Sierra Morena, en que estaba acantonada la division de Dessoles, única fuerza activa que le quedase, aproximola á Madrid, pues con los enfermos, los heridos, los depósitos, los soldados del parque general, trenes y bagages, y los españoles que tuvo la imprudencia de reclutar entre los prisioneros de Ocaña, apenas contaba con fuerzas bastantes para guardar la capital y sus menos lejanos alrededores. Dejó algu-

na infantería en las gargantas de Sierra Morena, uno ó dos regimientos de dragones para batir la Mancha, y concentró en Madrid las escasas tropas que pudo.

Tan pronto como retornó á su capital, adonde, aunque vencedor en Andalucía, llevaba un pesar muy amargo, recibió de Sevilla las comunicaciones mas extrañas. No considerándose el mariscal Soult bastante rico en tropas con los tres cuerpos que se le habian confiado, y que contenian lo mejor que habia en España, se propasaba á pretender que dependieran de su mando cuantas tropas estuviesen en el distrito del Mediodía, y por consiguiente intimaba á la brigada situada entre Andalucía y la Mancha que se le acercara para recibir órdenes suyas. El general Lahousaye, á quien iban dirigidas estas intimaciones, respondió que dependia del estado mayor de Madrid, y que sin autorizacion de éste no podia abandonar el puesto que estaba ocupando. Le replicó el mariscal Soult acompañando sus órdenes con las amenazas mas severas si no le obedecia: José mantuvo lo mandado, y prohibió al general Lahousaye obedecer al mariscal Soult. Mientras mantenía tal disputa, experimentó un nuevo disgusto no menos penoso que los otros. Los generales que hacían mansion en el reino de Leon y Castilla la Vieja, practicaban el principio sentado por Napoleon de que debia vivir cada ejército sobre la provincia que ocupaba, é imponían contribuciones sin que los agentes rentísticos de José intervinieran para nada y sin hacer de su autoridad ningún caso. Tan repetidos golpes humillaron á José hasta el último extremo. Habiendo ya pensado en dejar á Madrid y volver á Nápo-

Ahora estaba pronto á abdicar sin la recompensacion mas leve la pesada carga de la corona de España. Sostenido, no obstante, por sus ministros y por algunos hombres de su confianza, que no querian de ningun modo ver desaparecer al rey á quien se habian adherido, encargó á su esposa, residente en París, y á dos de sus ministros, los señores Azanza y Hervas, próximos á marchar á aquel punto, que negociaran con su hermano para hacerle comprender que la pérdida de las provincias del Ebro, le exponia al odio de los españoles, la reduccion de su autoridad al desprecio, y que mas valia retirarle desde luego de la Peninsula que mantenerle bajo tales condiciones.

Sin dureza, aunque con algo de desden, recibió Napoleon á los ministros españoles; calificó de la manera mas despreciativa la política de José, que se imaginaba que con dinero y sin soldados se podría sojuzgar á una nacion implacable, á la cual no se podía pensar en tender la mano sino despues de haberla abatido del todo: mostrose inflexible en lo relativo á la hacienda: declaró que le era imposible subvenir á los gastos de la guerra; que, si no se pagaba á las tropas, se veria obligado á llamarlas; que, no sabiendo ó no queriendo José sacar el dinero que habia en España, menester era que él lo mismo lo hiciese por mano de sus generales; que ademas los vigilaria de cerca, obligándoles á que derramaran en el erario de José lo que les sobrara de lo que se les destinaba para atender á las necesidades de sus soldados; que á mayor abundamiento quedaban á José para percibir contribuciones Castilla la Nueva, la Mancha, Toledo, provincias casi sometidas; que con subsidios enviados de Francia nada podía añadir

á los 2.000,000 que habia prometido para proporcionar la porcion del salario, pagadera en dinero; que á lo sumo consentiria en que el ejército del centro, fiado á José, entrara á la parte de estos 2.000,000; que no podia alterar la distribucion de los diversos mandos; que se necesitaban dos grandes ejércitos, el del Mediodía y el de Portugal, para concurrir á la expulsion de los ingleses; que él solo era capaz de dirigirlos, y que, dejando entre ambos el del Centro, habia hecho todas las concesiones posibles, fiándolo á José para que lo empleara como le pareciere mas oportuno; que en definitiva, los generales en jefe de los ejércitos activos no tenían autoridad mas que en lo concerniente á las operaciones militares y al sostenimiento de sus tropas, siendo simplemente para todo lo demas huéspedes del rey de España, y debiéndole respetar como á monarca y hermano del emperador; que iba á reprender acremente á los que le habian faltado (al mariscal Soult sobre todo), pero que el mando militar debia ser absoluto y no compartido.

Relativamente á las provincias del Ebro, donde habia instituido gobiernos, no disimuló Napoleon su proyecto de reunir las mas tarde á Francia, para indemnizarse de sus gastos; bien que añadió que no lo haria sin resarcimiento, y que Portugal unido un dia á España podría proporcionarle excelente; pero que antes de cederle era menester conquistarle, y que para esto habia que expulsar á los ingleses, y despues de haberlos expulsado, arrancarles la paz, lo cual no era tan llano. Por de pronto reconoció la dificultad de instituir nada, el peligro de anunciar algo y la conveniencia del aplaza-

miento y del silencio. Tras de repetir en mas de una ocasion estos discursos, Napoleon retuvo cerca de sí á los ministros de su hermano, y pareció como que anhelaba remitir su resolucion sobre los puntos difíciles hasta despues de los sucesos de la campaña de 1810 que, terminando quizá en el año la guerra, habia cesar las perplejidades de José y zanjaria dichosamente las cuestiones ya suscitadas. Así quedaron en Paris los ministros españoles, á fin de negociar y de aprovechar todas las coyunturas de influir sobre la inflexible voluntad de Napoleon.

Desde luego prometiéndoles éste aumentar con algunas tropas el ejército del Centro; reconvino al general Soult por la manera de tratar al rey; se opuso á su pretension de atraer á sí la brigada de la Mancha, y se ocupó en fijar definitivamente la marcha de las operaciones para 1810. Desdicha verdadera habia sido no arrojarse de seguida sobre los ingleses desde el mes de febrero ó el de marzo, con todas las fuerzas disponibles, pues en el Mediodía de España podia empezar muy temprano la estacion de las operaciones militares. Efectivamente, sin aguardar las tropas del general Junot, solo con las divisiones de Reynier y Loisson, de las cuales una habia servido para completar los antiguos cuerpos y la otra para engrosar el sexto del mariscal Ney, con la parte que habia llegado de la guardia, y con los ochenta mil veteranos reunidos junto al Tajo despues de la batalla de Talavera, posible hubiera sido marchar antes de los calores contra los ingleses y empujarlos vivamente hacia Lisboa. Pero diseminados ya los ochenta mil veteranos, que estuvieron acampados al rededor de Ma-

drid, entre Bailen, Granada, Sevilla, Cádiz, Badajoz, para que el ejército de Portugal contara tropas suficientes habia que esperar la llegada de todas las tropas que se encaminaban hacia los Pirineos. Por tanto no se podia hacer contra los ingleses una campaña de primavera, sino de otoño, pues durante el verano, sobre todo en el Mediodía de la Península, por efecto de los calores, venian á ser casi imposibles las operaciones militares. Y aun así habia que emplear fructuosamente los meses de mayo, junio, julio, agosto. Viéndose Napoleon reducido, por consecuencia de la falta cometida en Andalucía, á una guerra mas lenta, imaginó hacerla metódica, asediando las plazas antes de invadir á Portugal nuevamente. Ya se habia acordado que el general Suchet sitiara á Lérida y Mequinenza, que el mariscal Augereau sitiara á Tortosa y á Tarragona, antes de que se marchara otra vez sobre Valencia. Ademas Napoleon determinó que, probando siempre á tomar á Cádiz, intentara el mariscal Soult apoderarse de Badajoz en la frontera de Portugal; que por su parte el mariscal Massena, mientras su ejército se formaba del todo, ejecutara los sitios de Ciudad-Rodrigo y Almeida, que eran las llaves de Portugal por el lado de Castilla, y que, asegurados estos puntos de apoyo, se tomara la ofensiva por setiembre, marchando todos juntos sobre Lisboa, el mariscal Massena por la derecha del Tajo y el mariscal Soult por la izquierda. Con arreglo á este nuevo plan se debia dedicar todo á llevar los sitios á cabo; y así se expidieron órdenes para emplear las fuerzas en tal objeto con la mayor actividad posible.

Con efecto, el general Suchet emprendió desde

abril la tarea que le estaba asignada, pues reparando prontamente la falta que se le hizo cometer al dirigirle contra Valencia, se trasladó á Lérida para ponerla cerco. El 10 de abril estableció su cuartel general en Monzon, á orillas del Cinca, punto donde habia reunido de antemano el material de sitio, como artillería de grueso calibre, faginas, cestones y útiles de toda especie. Su cuerpo, cuyo efectivo ascendía á mas de treinta mil hombres con la llegada de los nuevos refuerzos, no podia presentar mas que de veinte y tres á veinte y cuatro mil combatientes. Cerca de diez mil dejó para guardar á Aragon, y con trece ó catorce mil marchó sobre Lérida con el proposito de embestirla por las dos orillas del Segre. En rigor bastaban estas fuerzas para el ataque de la plaza, bien que hubiera lugar á temer que fueran insuficientes si habia que cubrir el asedio contra las tentativas muy verosímiles de fuera. Verdad es que Napoleon habia ordenado á los dos ejércitos de Cataluña y Aragon, mandados por el mariscal Augereau y el general Suchet, que aprovecharan su proximidad para socorrerse uno á otro; por lo cual el mariscal Augereau debia cubrir los sitios de Lérida y de Mequinenza, mientras el general Suchet los llevaba á remate, y el general Suchet debia cubrir los de Tortosa y Tarragona, mientras el mariscal Augereau dedicaba sus fuerzas á ejecutarlos. Desgraciadamente el ejército de Cataluña, dividido entre mil diversos cuidados, ya ocupado en cubrir la frontera francesa, que las partidas llegaban á insultar cuotidianamente, ya obligado á correr á Barcelona para socorrerla y avituallarla, ya en fin, llamado á Hostalrich, á cuya acome-

tida se habia dado principio, solo conseguia á menudo faltar á estos distintos objetos por quererlos abarcar todos. Se hubiera necesitado á la vez el talento mas ingenioso y mas activo para llenar tantos deberes, y el anciano Augereau, sucesor del general Saint-Cyr, no era este raro talento. A la sazón hallábase delante de Hostalrich y no en las cercanías de Lérida. Solo llegó, pues, el general Suchet á vista de esta plaza, y no se alteró lo mas leve, porque, sabiendo atender con oportunidad ya á las operaciones del sitio, ya á la expulsion del ejército que llegara á turbarlo, se lisonjaba de dar cima á la doble tarea que le estaba fiada.

Célebre es la plaza de Lérida en la historia, pues desde César hasta el gran Condé ha representado un papel importante en las guerras de todos los siglos. No pudo el gran Condé tomarla, como nadie ignora: ganola el duque de Orleans en la guerra de sucesion de España, y podíase fracasar en esta empresa sin que nada hubiera de extraordinario. Asentada está la ciudad á la orilla derecha del Segre, que corre perpendicularmente hácia el Ebro y le lleva lo menos la mitad de las aguas de la cadena de los Pirineos. Se halla Lérida al pie de una roca sobre la cual se alza un castillo, construido entre la cima y el Segre, y las aguas de este rio defienden la plaza por una parte de su frente, y los fuegos de alto á bajo del castillo, por las otras. Cortada casi á pico la roca, donde el castillo se levanta, no es accesible sino hácia el Sudoeste por una cuesta algo suave que se prolonga mas allá de la ciudad; pero hácia el extremo esta cuesta se hace agria de pronto, y presenta diversos puntos salientes, en los cuales se habian



alzado el fuerte de Garden y los reductos de San Fernando y el Pilar; de modo que el mismo lado accesible del castillo se hallaba defendido por excelentes obras. Bajo el fuego del castillo habia, pues, que tomar la plaza, y despues de la plaza el castillo, forzando las obras que defendian el apromete, á menos que por un ataque bien entendido se dirigiera el asedio de modo que arrastrara la caída de la ciudad y del castillo casi al mismo tiempo; y realmente un buen método de operaciones podia producir este doble fruto casi el mismo dia.

Dentro contenia la ciudad diez y ocho mil almas de una poblacion fanática, y ademas una guarnicion de siete u ocho mil hombres, mandada por un jóven y brioso caudillo, Garcia Gonde, que se habia distinguido en el sitio de Gerona. No carecia de viveres y municiones ni para un largo asedio.

El hábil oficial de ingenieros Haxo resolvió comenzar el ataque de la ciudad por el Nordeste, es decir, entre el rio y el castillo y por su parte menos poblada; de manera de poner el valor de los habitantes á muy ruda prueba. Cierto es que así se arrostraban todos los fuegos del castillo, pero la naturaleza del terreno hacia facil el trabajo de las trincheras, y acercándose allí rápidamente habria menos que temer por ser aquellos fuegos muy de arriba á abajo. Ademas, atacando por aquella parte se contaba con la ventaja de no tener detrás el fuerte de Garden, como situado al lado opuesto de la roca.

Mientras se disponian á abrir trinchera, una carta interceptada enteró á Suchet de que el gene-

ral español O'Donnell llegaba con las tropas de Cataluña y de Aragon para hacer levantar el sitio. No se apresuró Suchet á salirle al encuentro, por no querer alejarse de Lérida ni muy pronto, ni á larga distancia; mas tenia puentes sobre el Segre, y en pocas horas podia cruzarlo y conducir delante del enemigo la masa de sus fuerzas, dejando á vista de la plaza una retaguardia bastante para contener á la guarnicion.

Súpose con efecto el 22 de abril que el general O'Donnell se aproximaba hasta el punto de no distar ya mas que una marcha. De Cataluña venia por la izquierda del rio Segre, al par que lo mismo que la ciudad se hallaban á la derecha los sitiadores. Sus providencias tomó Suchet de modo de hacer cara al enemigo de fuera y al de dentro. En el puente de la ciudad sobre el Segre, por el cual se hubiera podido comunicar la guarnicion con el ejército de socorro, se quedó el general Harispe, debiendo contener á la guarnicion y al cuerpo de O'Donnell. Situado un poco mas arriba en Alcoletge junto al Segre, el general Musnier estaba en proporcion de pasar el rio sin demora y de atacar al enemigo por el flanco, presentándose delante del puente guardado por el general Harispe.

Al despuntar la aurora del 23 de abril asomó el general O'Donnell á la extremidad de la llanura de Margalef, que se extiende á la izquierda del Segre, y entró en accion al instante. Le precedia una vanguardia de infanteria y de caballeria ligeras, y marchaba en dos columnas, fuertes ambas de nueve á diez mil hombres, una á la derecha y otra á la izquierda del camino, y eran las mejores tropas de Aragon y de Cataluña. Apenas despertó